

PROCESOS Y SITUACIONES EN LA HISTORIA DE AMERICA (*)

A medida que los pueblos americanos se han hecho universales, a medida que su influencia está presente en todos los continentes y se extiende en forma económica, política y militar por todo el mundo, aumenta también el estímulo para incluir su historia en el contexto de la historia universal. Desde una perspectiva puramente historiográfica, esta dimensión universal de la historia americana se debe al pensamiento europeo, y por añadidura se prolonga en las metamorfosis que ocurren en el continente americano a partir del descubrimiento español.

En realidad, desde fuera de América la historia de ésta se ha contemplado siempre como una extensión de lo europeo, y hasta cierto punto como un mundo comprensible en su misma alteridad. En gran medida, la enorme importancia alcanzada por las ciencias antropológicas en cuanto al seguimiento y estructuración de esta historia americana se debe grandemen-

(*) La obra de que nos ocupamos, publicada en tres volúmenes y recién aparecida, ha sido escrita por el catedrático y director del Departamento de Historia de América, de la Universidad Complutense de Madrid, Mario Hernández Sánchez-Barba. La ficha bibliográfica es la siguiente:

Mario Hernández Sánchez-Barba.

Volumen 1: 308 págs. + mapas y cuadros.

Volumen 2: 512 págs. + mapas y cuadros.

Volumen 3: 512 págs. + mapas y cuadros.

Madrid, Editorial Alhambra, 1981.

En cuanto se trata de una obra extraordinaria en la bibliografía americanista, le dedicaremos un espacio superior al habitual, pero cabe añadir que incluso en esta circunstancia no renunciamos a considerarla *atentamente en nuestros próximos trabajos.*

te al hecho de que la explicación histórica *per se* resultaría insuficiente, porque no hay en dicho continente un marco ecológico homogéneo, ni en lo racial, ni en lo étnico, ni en lo cultural. Desde luego, y a partir de este primer reconocimiento, si los europeos han creado la versión universal de lo americano desde su propia presencia e intereses en América, la Antropología ha significado el papel de las amalgamas raciales y étnicas y la extraordinaria dialéctica del tratamiento etnohistórico.

Esto último constituye una creación de los primeros españoles situados en América, pero su máximo desarrollo hay que atribuirlo a las generaciones propiamente americanas contemporáneas. Dentro de este signo intelectual, han sido los iniciadores de nuevas formas de comprender la historia. En este caso, el texto escrito por Mario Hernández traduce estos reconocimientos, y cabe situarlo desde el comienzo en la vanguardia del conocimiento histórico ejercido desde una posición europea, española en particular, y pasionalmente inscrita en un sentimiento casi interno del mundo americano.

En general, pues, la historia americana se ha racionalizado como parte de una experiencia europea, y a menudo se ha extendido la noción de que lo europeo es mismamente lo americano en su modernidad y en su consciencia universal. Pocas veces; por lo tanto, Europa ha sabido dar un sentido propiamente americano a la historia americana, y pocas veces se ha producido la necesaria simbiosis intelectual capaz de obtener consciencia interna de estos hechos. El mirador puesto hacia lo americano es en sí mismo una dificultad óptica porque el paisaje que uno contempla y los procesos históricos a que tendrá que referirse el historiador escapan a la mensurabilidad total. Esto es, la consciencia de profundidad es el máximo desafío puesto a la grandeza histórica de lo americano en sus diversas facetas dialécticas internas.

La consciencia de esta dificultad de aprehensión del mundo total americano está presente en las especializaciones de la misma historia y de las diferentes disciplinas que se ocupan de esta realidad humana. Empero, es indispensable producir síntesis, precisamente porque es a través de ésta como podemos reconocer el papel de las grandes fuerzas que se ocupan

de empujar dinámicamente el proceso histórico de las sociedades, de las naciones o de los Estados a lo largo de su existencia.

En todo caso, las grandes síntesis históricas, y la del profesor Mario Hernández es la mejor que conocemos en su género, requieren el dominio de tres condiciones: información, sentido nomológico y conceptual de los hechos y fuerza intelectual para conducir éstos a una teoría estimulante. Aquí es donde esta intrincada historia que es América obtiene el carácter nomológico que se exige a una gran síntesis. Esta última se produce como un discurso coherente a partir de una comprensión evidentemente construida desde fuera de esta experiencia histórica. Pero lo cierto es que, dada una cierta simbiosis sensual o derivada de un sentimiento de inmersión profunda en esta historia de América, Mario Hernández logra lo que epistemológicamente debemos considerar como un fenómeno de empatía histórica, esto es, un fenómeno equivalente, en el sujeto temporalmente distanciado, una experiencia empíricamente imposible de conseguir por uno mismo.

Lo que acabamos de mencionar tiende a llamar la atención hacia el hecho de que una síntesis histórica siempre expresa un valor de percepción personal del pasado, a la vez que se nos revela como una expresión del sentido cultural del historiador. En tal caso, el profesor Mario Hernández acude a explicar la historia de América desde la perspectiva de su compromiso intelectual con aquélla, y desde la versión objetivante de sus instrumentos de análisis: el método histórico y la inordinación de éste en una idea motriz, la de que toda historicidad lleva consigo transformación y tránsitos de sumisión y dominio de unos hombres a otros y por otros. En la existencia de estos tránsitos el profesor Mario Hernández revela que el principio dominante en la historia de las sociedades humanas aparece vinculado con el fenómeno de la temporalidad, y en ésta con el de la tesis voluntaria impresa en la misma producción del suceso que transforma la realidad a partir de otra que es su misma condición.

Esto es, las formas históricas son construcciones que siguen a los actos de los hombres y a las experiencias culturales concretas que los distinguen en el tiempo y en el espacio. El

contexto estratégico predominante de las relaciones históricas reside, según Mario Hernández, en el concepto de «situación», en la medida en que éste representa la coyuntura real de los sujetos de la historia. La realidad histórica americana corresponde examinarla, por lo tanto, dentro de un contexto de situaciones, y en la medida en que éstas varían, asimismo serán diversas las dialécticas y transformaciones ocurridas según cada historicidad específica.

A partir del reconocimiento de la existencia de estas coyunturas, cabe decir que tanto la diversidad europea como la diversidad americana en origen se han implantado en el seno de las situaciones históricas de aquel continente y han constituido factores de diferenciación, temporal y espacial, cuyos procesos son más complejos que los propiamente europeos, tanto en términos de historia como de estructura social y de cultura.

Hablar, pues, de América es referirse a la mayor heterogeneidad histórica conocida por la especie humana, precisamente a partir del acontecimiento colombino y, con éste, de la presencia española y subsiguientes europeas y africanas. Apenas hay lugares en el mundo que puedan compararse con América en heterogeneidad racial, étnica, cultural y ecológica, y pocos son los procesos conocidos que abarquen una inmensidad tan rica en detalles y en variaciones, tan caleidoscópica, como la que se da en lo americano. En tal caso, a nadie se le oculta que América es, todavía ahora, el continente que registra más diversidades en todos los sentidos, y es difícil pensar, asimismo, que América haya alcanzado su unidad cultural cuando, además, no la ha alcanzado ni en términos raciales ni en términos étnicos cada una de sus naciones.

Por lo demás, si en tiempos prehispánicos América no era, evolutivamente considerada, una unidad histórica, y si por lo tanto tampoco lo era étnicamente, y si su variedad cultural estaba constituida por miles de tribus y grupos diferentes, y si tres grandes civilizaciones, la mexicana, la maya y la peruana, alcanzaban el pináculo de las equiparaciones con el equivalente a un Mundo Oriental Antiguo precristiano, cabe también decir que la expansión de los europeos introdujo poderosos elementos de unidad histórica que, sin embargo, no han con-

seguido cuajar definitivamente en el sentido de que es todavía un continente sin cohesionar. Aún hay tribus que permanecen separadas de los contextos nacionales, y muchas etnias indígenas se sienten extrañas respecto de quienes conviven como vecinos.

Más aún, el hecho de la existencia de discriminación racial, y el hecho de la desigualdad étnica en el sentido de la existencia de pueblos sumergidos en la condición primitiva de recolectores y cazadores frente a las diferentes variables de civilización urbana y científica moderna, indica que América es el más complejo y difícil de los procesos históricos que puedan ser sometidos a un intento de análisis global.

América se está haciendo, no en el sentido de que todos los grupos humanos constituyen una permanente realidad de readaptación estructural continua, sino en el sentido de que cada nación estatal americana es todavía una pluralidad étnica, evolutivamente diferenciada, o sea, con escalones culturales que van desde los grupos recolectores-cazadores hasta el desarrollo de la energía nuclear. Por lo tanto, no hay en ella una sincronía cultural de todas que permita hablar de simultaneidad evolutiva de sus etnias, con lo cual no se da una razón cultural uniforme, sino que son varias las que construyen las diferentes realidades nacionales internas. Dadas estas fuerzas históricas divergentes, el contenido de las realidades americanas no sólo es diverso, sino que es discrepante en sus procesos nacionales internos.

Las tendencias centrípetas están, sin embargo, profundamente constituidas en torno a las políticas de Estado, y es en esta dirección como el historiador reconoce una razón cultural dirigente en la que inevitablemente se recupera la dialéctica explicativa de cada historia. Si se nos apura, el Estado no es sólo una razón cultural dialécticamente unificadora, sino que es, por antonomasia, la dinámica evolutiva por excelencia y el núcleo en cuyo entorno se configura el sujeto de la historicidad más avanzada.

Es en este punto donde aparece más comprensible una historia americana de carácter general, pues si tratáramos de internarnos en la estructura interna, pluricultural, de cada sujeto estatal, es evidente que en ella encontraríamos concerta-

dos diversos procesos étnicos que en sí constituyen fenómenos de divergencia histórica y aspectos de razones culturales diferenciadas que sólo adquieren sentido histórico en el Estado que las incorpora o asimila a su razón cultural históricamente más avanzada.

El tratamiento del problema histórico americano puede hacerse desde diferentes perspectivas. Una de ellas consiste en internarse en el seno del análisis de las diferentes tribus que se acogen en el territorio de los diversos Estados y que, por lo mismo, representan historias diferentes. Uno piensa en el indio americano, e inmediatamente contempla otra historia, la de los navajo, de los sioux, de los yaquis, de los tarahumara, de los maya, de los misquito, de los aymara, de los bororó o de los toba. Y en la medida en que estas historias no están disueltas en el crisol de las historias del Estado a que pertenecen, es también evidente que son historias a la vez concertadas dentro de una dialéctica en la que actúan como sujetos de una historia mayor, mientras, al mismo tiempo, constituyen realidades tangibles de afirmación histórica diferenciada.

Nada es más cierto, entonces, que América es todavía un continente cuya historia presenta dos niveles dialécticos diferenciados: 1), el de las naciones tribales, y 2), el de las naciones estatales. La noción de Estado es, desde luego, y en este contexto de confrontación, la noción históricamente más avanzada y la que asume la dialéctica más decisiva en dos aspectos: 1), en el de intervenir activamente en la historia universal, y 2), en el de asumir el papel de una razón cultural que en cada uno de sus caracteres resume también la función estructurante de otra unidad nacional: la del Estado.

En general, esta última es la perspectiva usualmente adoptada por el historiador. El esquema supranacional, la cultura del poder, la dialéctica política que la hace posible, las fuerzas económicas y religiosas en litigio, las relaciones decisivas entre ideologías y sus grupos de sustentación, el intercambio conflictivo entre las clases y entre las naciones y las transformaciones culturales resultantes, toda esta malla estructural fundada en instituciones que ejercen poder y control sobre las poblaciones a las cuales éste se dirige, constituyen el marco idóneo propio del historiador.

Al reconocer esta macroestructura como función dialéctica específica de la historicidad, nada es más sensible a este hecho que el asumir, por añadidura, el principio de que la historia global no puede intentarse desde la diversidad estructural y cultural a que nos hemos referido, sino que debe interpretarse dentro de las líneas maestras que se traducen en forma de grandes ideologías y de comportamientos decisivos. Los Estados representan esto último en lo político, y las ideologías, como formas de competir activamente en el hacerse históricos el conocimiento y las instituciones que las reflejan, representan construcciones culturales que hacen posible lo que Mario Hernández llama «situaciones», esto es, la adaptación en el espacio y en el tiempo concreto de lo que es histórico.

Esta digresión nos ha parecido necesaria en orden a reconocer la dificultad que representa interpretar el proceso americano como una historia común: la de América. En gran manera, hacerlo así constituye una de las mayores aventuras intelectuales a que puede enfrentarse un historiador. Desde luego, este análisis no sólo es difícil, sino que requiere una capacidad de integración excepcional. Requiere la cualidad intelectual de la síntesis; especialmente, esta última supone la necesidad de abarcar un conocimiento poco habitual: el derivado de una orientación interdisciplinaria a partir de los recursos dados por una documentación metodológicamente compleja.

A medida, por lo tanto, que asumimos esta complejidad estructural y cultural del continente americano, nos percatamos también de la excelencia de esta *Historia de América* escrita por el profesor Mario Hernández, y que ahora pasaremos a considerar en lo que son sus líneas fundamentales. Es evidente, asimismo, que no podemos registrar en nuestro comentario toda la gama documental que estos tres volúmenes comprenden, y ni siquiera pensamos reducir a síntesis lo que es ya un material más rico que el que podría resultar de nuestra interpretación.

* * *

En primer lugar, y ante una exigencia inevitable, la que resulta de tener que situarse en el contexto de una teoría de

la historia, es evidente que Mario Hernández adopta una influencia ecléctica, la cual podemos reconocer como una combinación del pensamiento inscrito en la revista francesa *Annales*, y en éstos en las personas de historiadores franceses, tales como Lucien Febvre, Marc Bloch, Charles Morazé, Ferdinand Braudel y Pierre Chaunu, así como con pensadores y filósofos como W. Hegel y Nicolai Hartman, y por extensión de conocimiento con los planteamientos de la Antropología Cultural y de la Sociología.

Junto con los resultados de su propia elaboración intelectual de lo histórico afirmándose en la experiencia de sus prodigiosos trabajos como docente e investigador, esta combinación se ha configurado como un enfoque que no debe confundirse con una adscripción unilateral a ninguna teoría histórica particular. En lo fundamental, Mario Hernández es un historiador pensante que no suele responder a ortodoxias establecidas y que se revela como un productor de teorías contextuales o derivadas de la misma circunstancia espacio-tiempo, esto es, de las situaciones del sujeto histórico entendido como una totalidad política.

El contexto americano a que alude Mario Hernández consiste en un proceso desarrollado en cuatro grandes momentos: el de los pobladores primitivos que atravesaron el estrecho de Behring en época glacial, el de las grandes culturas avanzadas de Mesoamérica y la región andina, el de la civilización española y, por extensión, iberoamericana, y el de la América actual en sus dos grandes versiones delimitadas, la de Iberoamérica y la anglosajona, con dos representaciones menores, la francesa y la holandesa. Este conjunto posee sus ingredientes definitorios y sus momentos estelares, pero dos parecen más destacados: el hispánico y su variante lusa con sus respectivas combinaciones con indígenas y africanos, y lo anglosajón. Ambas son entidades históricas superiores y son representativas de una dialéctica basada en lo que Mario Hernández llama «tesis de voluntad histórica» comenzada con Colón en su universalidad.

A partir de este momento la historia de América se hace universal y se convierte en objeto de polémica. Las Casas, Sepúlveda y Vitoria serán los epígonos de la consciencia paneu-

ropea de América. Sin embargo, junto a esta consciencia moral, aparece también la del español dispuesto a combatir para sí mismo, por el logro de estatus y de riqueza, y para el que América será un medio de realización de sus fines personales, hasta que, por adscripción e identificación, se convertirá en consciencia de lo americano como formación derivada de su propio ser en esta experiencia.

Tanto las bases morales como los supuestos materiales y sociales de la colonización española de América, como la psicología y la ideología que dan sentido a su experiencia en este continente, son abordadas por Mario Hernández respondiendo a su idea de las situaciones y de las temporalidades que constituyen el quid de lo histórico. Este proceso largo, en cuyo análisis nuestro autor se detiene a estudiar las transformaciones que acaecen paulatinamente y que van dando cuerpo institucional a lo que fuera primero gran impulso y gran aventura de unos pocos, a la vez idealistas y pragmáticos, es objeto de una gran operación analítica, y aparece configurado por medio de cambios en las ideas y en los instrumentos de acción que dan sentido a unas situaciones.

Así, una primera Iglesia misionera es sucedida por otra diocesana; una primera idea puramente mercantil va siendo transformada en idea pobladora y colonizadora, asimismo integrando política y culturalmente lo americano como identidad en parte sustancial de lo español. Y asimismo, un mundo objetivo como es la organización integradora del Estado, se convierte en lucha permanente contra los fines subjetivos del individuo. En este sentido, es obvio que la dirección política del Estado se halla en pugna con las situaciones e intereses particulares del individuo y de la sociedad española estructurándose en América. La idea plenamente histórica se realiza como totalidad en el Estado, y aunque éste representa ser el factor de la voluntad objetiva, la victoria de una política es personal, puesto que se la adjudican los individuos que arriesgan frente a las instituciones, en este caso la Corona, que mientras gobiernan al mismo tiempo limitan.

El antecedente de estas luchas entre el Estado y el individuo, y por ende las comunidades locales, es expuesto por Mario Hernández en sus fundamentos bajomedievales y en las

casi inmediatas experiencias históricas derivadas de las guerras y de las situaciones de Reconquista en España. Estas experiencias proclaman para América una primera indiferencia: la de la aristocracia castellana satisfecha, ya con su botín feudal logrado en la misma España, frente a la empresa indiana. Como consecuencia, ésta será la empresa de hidalgos y de «pecheros» que buscan en América la recompensa a sus ilusiones de triunfar en la vida, de emanciparse y de conseguir un estatus personal que no tienen en su propia tierra.

Dada esta singularidad, la empresa americana es realización que se va dando *in situ* y a partir de decisiones personales en las que cada individuo adquiere responsabilidad sobre el terreno, hasta ser también responsable de la realidad que produce. En su origen, esta realidad se fundaría en el inconformismo individual característico del español de la época.

Cabe señalar una cualidad en este tipo de español: su carácter moralizante, y por lo mismo altamente crítico (II, 16). En este punto, se produciría un estilo misionero y un constante doctrinarismo jurídico que tiende a ser aristotélico, en el sentido de corresponder a una ideología organicista que sólo separa del Estado lo que es propiamente el mundo de la divinidad.

En una primera fase, la empresa indiana se funda en la idea de una operación mercantilista en la que es la Corona la institución responsable que confiere prerrogativas y sueldos a sus participantes. El espíritu de colonización está ausente en estas primeras ideas. Lo fundamental es «rescatar» y comerciar por medio de «factorías» (II, 22). Los españoles quedarán como empleados en esta empresa, y los indios colaborarán pacíficamente en ella. Empero, como los indios no responden bien a estas expectativas, se cambia de signo: hay que pensar en los colonos y en africanos que se apliquen al logro de dichos fines.

El hecho de que los españoles, como asalariados de la Corona, obtengan pocos bienes, comparado con los riesgos que supone esta empresa indiana, sería causa de malestar y supuso desde el comienzo una forma de presión que poco tiempo después se convirtió en un elemento de cambio respecto de la orientación política del Estado español.

En todo caso, las instituciones castellanas, el Municipio con su alcalde, van a ser transplantadas prontamente a América, y a partir de eso comenzará un modo español en dicho continente. Asimismo, en términos de poblamiento se habrá producido un hecho decisivo, el del arraigo en las islas: los primeros españoles, en número de unos ciento veinte, ya tienen todos mujeres indígenas «preñadas o paridas» (II, 25). Este es un suceso de gran importancia política y social, pues todos ellos piden tierras, mientras muchos otros se han convertido en caciques indios a través del casamiento con las hijas de los jefes nativos. Mario Hernández hace significativo este fenómeno al decir que mediante estas uniones muchos españoles se indianizaban, con lo cual se producía un proceso nuevo en la empresa indiana: el arraigo español en América y el mestizaje.

Cuando esta empresa indiana ya no pudo sostenerla económicamente la Corona, ésta recurrió al régimen de las «Capitulaciones». Por este medio reforzaba el papel de la iniciativa privada mediante un sistema de contratos que incluía obligaciones y derechos por ambas partes, pero que, dada la libertad personal que confiere a cada actor la distancia respecto de las instituciones de control superiores, acentuaba el valor de responsabilidad personal de la empresa de arraigar a partir del proceso derivado de la experiencia individual que acompañaba a cada capitulación.

Esta fue una manera de terminar con el monopolio inicial de la Monarquía. Desde este momento, la empresa americana fue un riesgo que asumieron los particulares. Y así, poco a poco, la primera burocracia estatal constituida por gobernador, factor, tesorero, contador, veedor y alcalde, fue progresivamente replicada por otras instituciones basadas en el colonato, asimismo integrado en comunidades municipalizadas a partir de los propietarios españoles de tierras. En este sentido, las actividades políticas de gobierno local se encuadraron en los Cabildos de vecinos, aunque en la primera etapa alcaldes y regidores eran nombrados por el gobernador, indicando eso una fuerte orientación centralista y autoritaria. Estos Cabildos no sólo significaron una reproducción social de lo castellano en América, y, asimismo, no sólo tuvieron un carácter

marcadamente espontáneo en su organización *in situ*, sino que contribuyeron a producir dos fenómenos concomitantes: por una parte, la urbanización de la vida cotidiana, y, por otra, impidieron la deshispanización a que hubiera conducido la dispersión rural de los españoles (II, 140).

Constituida ya la idea de producir estímulos que atrajeran a la empresa indiana a los españoles, la «Encomienda» de indios dentro de un territorio determinado fue convertida en el medio de control de la fuerza de trabajo indígena para el objetivo de conseguir explotaciones productivas y rentables capaces de desarrollar la agricultura y la ganadería. Junto con la minería, estas producciones se convirtieron en sistemas estratégicos en la economía indiana, particularmente en su primera fase. La encomienda constituyó, en cualquier caso, el antecedente de la hacienda, mientras que en el contexto de ambas siempre sobresalía el Municipio, éste constituyendo una red política de gran alcance social. Esta sería una etapa de «Fundación» que incluiría un profundo proceso de aculturación (II, 59).

Mientras esto sucedía en América, en España el continente americano se convirtió en factor de política específica del Estado español. Y así, el «Consejo de Indias» fue la respuesta institucional que inicia planteamientos que pueden considerarse como especiales a tenor de la existencia de los indígenas y de las problemáticas que suscitaban sus relaciones con los españoles y la de su conversión al Catolicismo, así como su misma integración como vasallos de la Corona.

Lo cierto es que la política de Indias fue acumulando problemas de todo tipo, pero como consecuencia de la distancia con la metrópoli, y a partir de la misma heterogeneidad étnica, racial y cultural del continente americano, pronto se distendió la capacidad de control y el ejercicio de autoridad de la Corona, en cuyo caso fueron inevitables dos resultados: que los españoles organizados en Municipios desarrollaran ideas políticas democráticas en su seno, mientras que, respecto de los indígenas, y desde la conversión de muchos de éstos en mano de obra servil, se desarrollaron el autoritarismo personal y la explotación económica específica de éstos y de los africanos. Mario Hernández señala que en América se constituyeron dos

clases de «Repúblicas», las de españoles y las de indios (II, 123). En cada caso, y sirviendo como antecedente de profundo resentimiento contra la metrópoli, los indios carecían de representación en las Cortes españolas, lo cual significó separación entre ambas fuerzas, que incluso acabó materializándose en la institución de un derecho indiano específico que ahondaba el carácter diferenciado de cada experiencia social.

En realidad, mientras los colonos españoles se agrupaban en régimen de Cabildos y mantenían una vida democrática en su seno, en las zonas de conquista se estableció un régimen aristocrático, basado en el gobierno feudal. Esto es, un señor peninsular y un grupo de indios vasallos (II, 141). Este régimen tendió al absolutismo autoritario y a la conversión del señor feudal en un poder cuya influencia se extendía profusamente, hasta alcanzar a las autoridades políticas superiores. Entre los llamados «vecinos» o españoles agrupados en Cabildos, se ofrecían resistencias a esta influencia y se producían tensiones y enfrentamientos contra los funcionarios que no sólo representaban una autoridad arbitraria, sino que también servían a las poderosas tendencias de poder absoluto representadas por los grandes propietarios en su forma de encomendados o, en su versión ulterior, de hacendados.

En cada caso, no obstante, la distancia entre el poder centralizador y cada realidad local o regional impedía que el control funcionario fuera directo, lo cual originó una cierta debilidad pragmática del Estado en el control de la vida social y política de las comunidades de españoles y de hacendados.

Frente a esta tendencia pobladora y de arraigo representada por quienes poblaban y arraigaban, se encontraban las explotaciones mineras, fuentes asimismo de movilidad y de inestabilidad sociales, y especialmente focos de estímulo del aventurerismo económico y social basado en la idea del rápido enriquecimiento individual (II, 195).

En el transcurso de este proceso pueden advertirse tendencias relativas al surgimiento de una estructura social que tiene en la cima al conquistador, en la primera etapa, pero paulatinamente éste es sustituido por el funcionariado en la figura máxima del Virrey de su corte. Según eso, éstos aparecen en la cúspide de la jerarquía indiana teniendo, a su vez,

inmediatamente constituida la clase de los terratenientes, el sacerdocio y demás españoles propietarios medios, comerciantes y ejercientes de funciones industriales artesanas. Debajo de todos ellos aparecían los indios y africanos libres.

Esta dinámica socioeconómica queda políticamente amenazada por la creciente conciencia criolla de la población española afincada en genealogías ya americanas, por una parte, y por la dialéctica derivada de los enfrentamientos de España, sobre todo con Inglaterra, y en menor grado con Francia (ríos San Lorenzo y Mississippí) y Holanda. El enfoque economicista inglés se hizo patente en sus colonias al imponer en éstas una orientación capitalista plena basada en la plantación y el crédito (II, 293). La presencia inglesa en América desarrolló comunidades europeas transplantadas, en lugar de desarrollarse con los indígenas formando una sola sociedad en el tiempo. Sin embargo, el mundo anglosajón fue contaminante en otros sentidos, especialmente en el de las ideologías políticas y económicas y en el aprovechamiento de su poder de potencia mundial para que los criollos estuvieran en condiciones de preparar lo que mientras primero se entendía como un proyecto de emancipación, luego se planteara como una lucha por la independencia.

Al mismo tiempo, en la América española las Ordenanzas (1573) dictadas por Felipe II consolidaron este poblamiento, y a partir de este momento el proceso seguido en el siglo XVII fue de «readaptación» (II, 301). Este vendría a incluir la cristalización del sistema de mayorazgo, lo cual significó la formación de los grandes dominios territoriales. En realidad, el latifundista sucedió a la Encomienda, y de hecho la dinámica desencadenada por aquél consistió en impedir la formación de una clase media agraria importante (II, 310). Las familias latifundistas se convirtieron en la fuerza política decisiva de la época colonial española, y en este punto incluso se enfrentaron a las aristocracias funcionarias exportadas desde España por el Estado.

En este proceso destaca, asimismo, un fenómeno histórico de gran relieve: el de la infiltración paulatina de lo indígena, a partir de una primera fase de infraposición funcional, en la vida colonial hasta mestizarla.

Esto llega a producirse en el momento en que el criollismo se ha convertido en una poderosa fuerza política y social frente al peninsularismo, y cuando, además, y como consecuencia, se desarrollan las tendencias separatistas. En este punto América se hallaba ya en pleno siglo XVIII y coincidiendo, asimismo, con la culminación de una crisis ideológica fomentada por los procesos intelectuales y políticos derivados de la confrontación religiosa incubada en las luchas de la Reforma. En América esta clase de dialéctica correspondería a una formidable presión por la libertad.

Esta es una etapa que Mario Hernández considera como la más típicamente colonial (II, 414). Entraña la eclosión de fuertes progresos del liberalismo y del regionalismo. Paralelamente, en el Brasil los «bandeirantes» continúan su marcha hacia el interior, y al igual que en el resto de Iberoamérica, aquí se madura una ideología política sucedánea de la metropolitana.

El siglo XVIII coincide en su ebullición política e ideológica con el cambio español a la Monarquía borbónica y con la persecución de todo regionalismo, lo cual exaltará todavía más las tendencias separatistas del criollismo. Esta situación contempla, asimismo, una cierta prosperidad agraria a causa de las grandes demandas económicas suscitadas por el mercado europeo. Con eso se desarrolla el estatus señorial en el campo, mientras al mismo tiempo aparece una cierta prosperidad en materias de ganaderías, minería e industrias derivadas, sobre todo la textil (II, 422). Lo más importante, empero, será la conversión de la hacienda en una estructura autosuficiente, basada en el capitalismo del dinero, en el mayorazgo y en una vida social interna prácticamente cerrada en su estructura, excepto las relaciones sociales y políticas más amplias del hacendado. Aquí es importante añadir que este capitalismo instituye no sólo precio para las mercancías, sino también salario y capacidades adquisitivas relativas para quienes son sujetos de este sistema.

En cuanto a su apogeo político, este siglo XVIII culmina con el desarrollo de conspiraciones y revueltas continuas por parte de los criollos y de españoles afrancesados, esto es, influidos por los ideales de la Revolución Francesa, contra el

poder ya profundamente debilitado de la metrópoli (II, 457).

El comienzo del siglo XIX coincidió en América con la proyección de una consciencia nacionalista que, más que romper con el pasado hispánico, intenta el desarrollo de su nueva identidad: la americana. Lo que fuera durante algún tiempo búsqueda y análisis del ser americano, con el paso del tiempo se convierte en una asimilación del pasado como fuente y origen de la propia personalidad, y progresivamente asume éste como una forma de consciencia política de dicha identidad, en este caso entendida como una conclusión a la que sólo falta dotarla del concepto e idea del Estado-nación.

En realidad, la llegada de esta consciencia aparece vinculada con la entrada de ideologías abiertas, fundamentalmente configuradas en torno al concepto de progreso, una capacidad crítica frente a la religión, libertad de cultos y un claro rechazo del colonialismo que, en algunos casos, como en los Estados Unidos, adquiere, paradójicamente, un carácter antieuropeo (III, 24). Y digo paradójicamente, porque quienes se han vuelto nacionalistas y patriotas en los respectivos países americanos donde esto ocurre, son asimismo descendientes de europeos.

Sin embargo, la identidad no tendría un carácter uniforme, pues gran parte de estas poblaciones estaría lejos de producir esta identidad patriótica de modo completo. Me refiero a los millones de indígenas y de africanos habitualmente separados de las decisiones políticas, del poder económico y de la participación social en las respectivas naciones americanas. Empero, y con independencia de estos fenómenos de diferenciación que ocurren en cuanto a esta llamada identidad patriótica nacional, el hecho de las diferentes densidades demográficas de cada etnia, su diferente peso en las estructuras nacionales, produjo también diferencias importantes en lo que atañe a proporciones raciales entre europeos y demás poblaciones. Así, por ejemplo, el Atlántico es básicamente ibérico y europeo, mientras que el Pacífico de Iberoamérica mantendría una fuerte representación indígena (III, 75).

La política de Carlos III, con su mayor apertura ideológica, habría contribuido al desarrollo de una consciencia emancipadora que poco a poco se tradujo en política criolla dirigida

a conseguir la independencia de los americanos. El papel de los criollos consistió en romper la «unidad étnica», en palabras de Mario Hernández, esto es, la unidad entre los grupos de origen europeo, al marcar una franca confrontación con aquellos que no nacieron en América y que se identificaban de manera preferente con la metrópoli. Este criollismo, de ideología básicamente liberal, se propuso no sólo la Independencia, sino también el desarrollo y formación de nacionalidades (III, 83).

De alguna manera, esta independencia coincidió con el hecho de la expansión industrial europea, lo cual influyó económicamente en Iberoamérica en el sentido de convertirse ésta en una formación económica productora de materias primas. Y, asimismo, el fenómeno derivado de dicha expansión no sólo fue económico, sino que también tuvo una fuerte caracterización política, pues marca el comienzo de la influencia del mundo anglosajón sobre las nuevas nacionalidades. Si en lo político esta influencia es muy dinámica y cubre un período de dependencias inescapables, lo cierto es que en lo ideológico el liberalismo y el positivismo se concertaron como argumentos de la vida social cotidiana, hasta el punto de identificarse con una consciencia propiamente europeísta.

En esta evolución es impresionante la sustitución progresiva de la influencia política y económica de Europa por la de los Estados Unidos. Estos habían tomado ventaja de la debilidad asimismo política y económica, en parte causada por el desconcierto de la misma identidad que rechazaba: sus propias raíces. De este modo, se convertía en sujeto, por desarraigo ideológico, dependiente de la mayor capacidad de maniobra puesta en juego por anglosajones, franceses y estado-unidenses.

Mientras esto ocurría en el plano político, y de las ideologías en el orden filosófico, el criollismo reforzó grandemente la función del Cabildo y las tendencias provincialistas que, luego, serían el origen de concreciones nacionales. En este contexto, el hacendado fue la gran potencia dirigente, en tanto absorbía las funciones sociales decisivas a través de su capacidad financiera y de su presencia en las decisiones políticas del mundo urbano (III, 103).

Desde el punto de vista histórico, este poder venía a ser la culminación de un proceso que se había iniciado en el curso del siglo XVIII con el desarrollo de la agricultura, la ganadería, la minería, el comercio y los comienzos de industrializaciones derivadas de aquellas explotaciones. Al fundarse esta formación social, la ideología nacionalista del criollismo manejaba indistintamente conceptos de nación, pueblo, patria y república. Este último fue el que finalmente acabó por imponerse. El concepto pueblo constituía una influencia de la revolución francesa, pero con Bolívar fue el de patria el que se impuso de manera más política (III, 111). Asimismo, dentro de este fluir ideológico de resistencias y de búsquedas de identidades, la Iglesia católica se politizó a lo largo del período que condujo a la Independencia, precisamente porque estaba constituida por criollos (III, 120).

El contexto de la Independencia fue, pues, republicano, pero, y esto es importante, respondiendo al encubierto sentimiento de identificación monárquica y feudal, psicológicamente autoritario, fue también presidencialista, y hasta confederal en el intento de evitar la dispersión política que se manifestaba como tendencia dominante y espontánea en el cuerpo social americano (III, 121).

El capitalismo mercantil e industrial tuvo su más poderosa expresión en la expansión económica de los Estados Unidos, a partir de la Guerra de Secesión de aquel país. Este capitalismo se fundó en tres componentes: la expansión fuera de sus fronteras originales o del Este-Sur, iniciándose la ocupación del Oeste, la compra de territorios a franceses, ingleses y españoles (III, 150). Dentro de este carácter expansivo, ya lo señalamos, se incluye a la misma Inglaterra. El efecto principal de esta expansión lo constituye, en Iberoamérica, el desarrollo del sector primario, desarrollo principalmente orientado hacia los mercados internacionales, siendo explotaciones predominantes el azúcar, el algodón, el café, el cacao, el caucho, el trigo, el ganado y los cueros. En conexión con estas explotaciones puede distinguirse el fenómeno del latifundismo (III, 191). Este último incluyó el ya mencionado poder político de los hacendados, una enorme población de peonaje, y fenómenos de caciquismo y caudillismo asociados con ideo-

logías políticas y estructuras de personalidad fuertemente centradas en el autoritarismo.

El esquema social es simple y estructuralmente débil, pues permitía la intervención política y económica del extranjero en esta Iberoamérica independiente (III, 195), causando, además, una fuerte inestabilidad en materia de gobiernos. Y es particularmente significativo en esta situación el constante intervencionismo de los Estados Unidos a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

Dicha inestabilidad todavía enmarca el proceso político contemporáneo en la mayoría de los países iberoamericanos, precisamente porque sus estructuras corresponden, en muchos casos, a las que se produjeron con el pleno desarrollo del liberalismo, esto es, causante de estructuras ideológicas socialmente contradictorias, pues mientras afirmaban el principio de la libertad individual, al mismo tiempo determinaban el desarrollo económico de los más fuertes en el mercado de la tierra. Esto es, con la liberalización de las tierras de comunidad, las mejores de éstas pasaron a poder de quienes, los hacendados, podían comprarlas. Y así, legalmente, los más poderosos en el mercado despojaron a los más débiles, sobre todo los indígenas, del único patrimonio que les garantizaba su libertad personal y su seguridad económica de subsistencia.

En este sentido, la superioridad económica y la estabilidad política de los Estados Unidos ha radicado, en nuestra opinión, en la unidad de su estructura cultural y en el incremento aplastante de su población europea de base frente a la india y a la africana, pero asimismo se ha debido a la decisiva identidad de los európidos, en su papel cultural y social dominante, con los valores materiales del progreso, la ciencia y el capitalismo avanzado. En cierto modo, además, dichos valores han estado asociados con valores homogéneos. Esto es, las poblaciones angloamericanas y las que paulatinamente han sido absorbidas en su crisol ideológico, se han sentido propiamente identificadas con su fondo europeo formativo, con sus ideales, y dentro del llamado «melting pot» han edificado una sociedad en constante estructuración o ampliación estructural dentro de sus límites interétnicos europeos. Pero, a diferencia de su antecedente europeo, disponiendo de un

espacio geográfico sin ocupar desde su perspectiva política e ideológica, y de una movilidad social abierta a los más acaudales.

En los Estados Unidos la nacionalidad no asumió ni lo indio ni lo africano. Desde el comienzo rechazó incorporarlos, y partiendo de una estrategia de trasplante demográfico, lo europeo se constituyó en su forma americana con escasos límites estructurales. A diferencia de Iberoamérica, en la cual lo indígena y lo africano fueron incorporándose paulatinamente, y en casos desde el comienzo, a la estructura que luego sería nacional, en los Estados Unidos ambos grupos fueron excluidos de la formación estructural y cultural, y cuando han entrado en ésta ha sido para identificarse con el «american way of life», no para rechazarlo o sustituirlo por el pre-europeo.

La praxis de la cultura europea en lo que hoy son los Estados Unidos se ha realizado, asimismo, en el contexto de una masiva inmigración de grupos del Viejo Mundo que, tal como llegaban, asumían la nueva patria como suya, precisamente porque su integración en ésta se limitaba a ser una prolongación de la mentalidad de origen, con la diferencia de que ya en los Estados Unidos cada europeo se convertía en una potencia individual liberada más aceptada socialmente cuanto más agresiva era su capacidad de expansión en el éxito económico y material.

Por ello, si en Iberoamérica la existencia de altas culturas, la mesoamericana y la andina, han significado la existencia de un proceso de inclusión en lo europeo, y si por lo tanto han condicionado el desarrollo de la forma cultural española y de la portuguesa hasta conducirla, primero, a la reproducción de estructuras sociales de dominio de carácter feudal, mezcladas con orientaciones capitalistas de mercado, y si esta combinación ha sido comparativamente menos dinámica que la norteamericana porque dejaba sin resolver el conflicto entre tradición y modernidad hasta volverlo una indecisión endémica, en los Estados Unidos esta combinación no se producía porque, por una parte, el indio americano carecía de la fuerza demográfica y política del europeo, y, por otra, porque, desde el comienzo de la confrontación, no era económicamente complementario con los fines de este último; por lo tanto, se

convertía fácilmente en una población marginal sin capacidad cultural para estar en el proceso constitutivo de trasplante de la cultura europea, y desde luego, sin participación alguna en la estructura, ni siquiera como proletario en ésta. Desde el comienzo, la estructura europea trasplantada fue una estructura social y económicamente autosuficiente en un territorio que ofrecía una permanente oportunidad de expansión.

* * *

Para nosotros no hay duda de que Mario Hernández ha escrito una *Historia de América* de gran relieve intelectual. Su planteamiento teórico parte de un enfoque basado en la confrontación selectiva de la más avanzada epistemología histórica.

La prosa es elegante y nos asombra la extraordinaria capacidad de integración que demuestra cuando consideramos la compleja estructura del proceso histórico americano desde sus más remotos antecedentes hasta el presente contemporáneo. La idea del cambio como fenómeno básico de la historicidad está fundada en el empleo de cuidadosos análisis sobre la estructura socioeconómica de cada periodo, pero es particularmente destacable el tratamiento de los ingredientes políticos, ideológicos y filosóficos que configuran la gama cognitiva de cada uno de los periodos históricos americanos.

Destaca grandemente la profundidad de su conocimiento de las fuentes literarias, y sobre todo es excelente la exposición de las corrientes estéticas, de la poesía, de la literatura, de la ciencia y del pensamiento científico dominantes en cada época. No es sólo una historia política y económica; es también una historia de las culturas americanas en las situaciones de su pensar la vida, en los modos de ser confrontados, en las formas ontológicas percibidas en sus respectivos *ethos* y en el contexto mismo de la expresión de su *eidos* peculiar. Las «situaciones históricas» constituyen su representación dialéctica por excelencia.

Las funciones éticas incursas en los ideales de cada época; las contribuciones jurídicas de lo español y del resto europeo en la construcción de las instituciones americanas, constituyen

un discurso intelectual de gran rigor expositivo. En éste se incluye la caracterología de cada situación y las condiciones inherentes a su transformación. En esta capacidad, aparecen patentes las infraestructuras mentales que configuran los comportamientos sociales, y en la temporalidad de éstas Mario Hernández demuestra como el incitante no es otra cosa que el resultado de las dialécticas de cada circunstancia, esto es, de su situación.

Conforme a eso, si es evidente que hay ideas históricas presentes en este discurso intelectual, también lo es que hay maneras personales de configurarlas en una monografía de este enorme alcance cognitivo. Esto último aparece expresado no sólo bajo la forma de un discurso coherente, sino que se mueve dentro de una dirección estética, razón profunda en Mario Hernández, que convierte esta historia americana en una obra de gran belleza literaria.

En el fondo de este gran discurso que consiste en abarcar una tan vasta memoria colectiva de lo americano, se aprecia una pasión a la vez larga y profunda. Esto es, de alcance y de comprensión ética de lo que, siendo siempre problema, la comprensión del pasado, acaba siendo vivido como una realidad transmitida inseparable de su comprensión. A partir del supuesto de que la cronología del suceso manda menos que la situación del mismo, Mario Hernández configura la historia de la americanidad como una dinámica de la comprensión de modos de vivir que se van realizando como proyectos, y en las vicisitudes de estos últimos es cuando puede reconocerse el tejido dialéctico que los conforma y que los destruye, porque esta es la condición de lo histórico: construirse en nuevas direcciones sin perderse totalmente en las nuevas identidades.

Desde la perspectiva de un antropólogo cultural, y estrictamente de un etnólogo, esta *Historia de América* constituye el supuesto previo de una información articulada en forma de conceptos intelectualmente rigurosos, y así no se nos aparece sólo como una teoría de la historia de lo americano, sino que es también una antropología desde la historia. Sin este enfoque histórico no habría posibilidad antropológica real, porque si el hombre es un ser histórico, sin historia la antro-

pología se apartaría de sus bases epistemológicas de lanzamiento: las del reconocimiento de que en el estudio de las transformaciones adaptativas de nuestra especie es donde reside nuestra justificación entre las artes y las ciencias.

Claudio ESTEVA FABREGAT
Universidad de Barcelona